
EL VALLE DE ORIZABA.

CASCADA DE RINCON - GRANDE.

Orizaba es nebulosa en la mayor parte del año. Le falta un Ossian que la cante y celebre, ataviada en sus sombras y nieblas; pero tiene también sus días espléndidos y de fiesta.

Como algunas caprichosas beldades, tan pronto se envuelve en las gasas misteriosas que se desprenden de los picos de las montañas que rodean su magnífico valle, como se muestra risueña y tentadora, haciendo gala, á la luz de un sol tropical, de sus gracias ocultas y seductoras.

Así la veo en esta deliciosa mañana de primavera, en que me he encaminado, por la centésima vez, en dirección á la Cascada de Rincón-Grande.

El cielo está puro y diáfano como el que cubre á las poblaciones de la Mesa Central, situadas á mayor elevación del suelo en que están Jalapa y Orizaba, llamado la *región de las nieblas*.

Rincón-Grande es una pequeña posesión de ganadería comprendida en el Municipio de Orizaba, hacia la parte Sureste de la ciudad.

El nombre que lleva cuadra perfectamente con su situación y los demás accidentes topográficos que le caracterizan. Es, en efecto, un *rincón* formado por los ramales de la sierra de Zongolica, que vienen á terminar al valle, y limitado por el curso de los

ríos que se desprenden impetuosamente de los montes vecinos, para correr hasta el mar cruzando inmensas distancias.

En Rincón-Grande el terreno baja considerablemente. De esto proviene que la ciudad se vea colocada en el intermedio de una pintoresca elevación que, á la simple vista, parece que comienza desde las azuladas aguas del Pico de Orizaba, para venir á terminar en Rincón-Grande.

Apenas se interna uno en este paraje, cuando oye á lo lejos el estruendo que causan las aguas de los ríos de Orizaba, Blanco y Tlilapan, ó San Juan del Río, al reunir sus corrientes.

A un lado está la confluencia de los dos primeros ríos, y al frente la caída del tercero, que se precipita en las aguas del Orizaba y Río Blanco, y, ya reunidos, forman la Cascada de Rincón-Grande.

En los llanos de esta finca rural aún hay vestigios de las antiguas poblaciones que existieron en el valle. Consisten en algunos montecillos artificiales, en que abundan antigüedades arqueológicas de un escaso mérito.

Desde la cima de uno de ellos, que tiene la forma perfecta de un cerro truncado, contemplo el valle.

Si j'étais roi!

Si fuese yo pintor, ¡*qué asunto tan magnífico!* como diría Hugo-Fóscolo; ¡tendría para lucirse mi pincel!

Como quien ve las magnificencias de una fiesta soberbiamente sibarítica, y tiene la resignación bastante para gustar de ella á una respetable distancia, por no serle dado hacer otra cosa, así gozo, con felicidad y sin envidia, al contemplar el panorama grandioso que presenta la ciudad oculta entre sus naranjos y platanares, siempre verdes y siempre sonantes.

El Citlaltepétl, ó la *Montaña de la luz*, resplandece con todo el brillo fantástico que le ha dado la leyenda nacional, el día que se celebraron en su cima las exequias del gran profeta *Quetzalcoatl*.

A la derecha está el hermoso llano de *Escamela*, con su pirámide eterna, que lleva el mismo nombre, y sus pintorescos ho-

rizontes. En este lugar acamparon los ejércitos de Moctezuma I, en su paso á la conquista de la República de *Cotaxtla*.

En ese mismo sitio hacen otro tanto los franceses ahora.
¿Conseguirán lo que desea el que los envía?

El cerro del Borrego, que parece un montón de tierra roja, parece salir del centro de la ciudad.

El célebre Morelos supo aprovechar su posición, cuando intentó debilitar al gobierno virreynal, arrebatándole uno de sus recursos en el producto de los tabacos de estos distritos cosecheros, con sólo hacerse dueño de Orizaba.

El no sé si infortunado ó bienaventurado Zaragoza, quiso hacer otro tanto. Una fatalidad hizo abortar su plan de campaña.

Napoleón el Grande, sin Dessaix en Marengo, habría tenido por fin único la degollación, como tuvo el martirio en Santa Elena, por la ausencia de Grouchy en Waterloo.

El *Borrego* guarda el recuerdo de una lección, en la derrota casual, que engendró casualmente también la acción impremeditada de un oscuro oficial francés.

Si el General Ortega conserva el Borrego, el problema político que en América ha planteado Francia, no habría pasado de una mera intentona especulativa

El que se interna en los terrenos de Rincón-Grande, encuentra, á poco andar, precipicios inmensos, formados por las corrientes de los ríos, y semiocultos por arboledas seculares.

El agua corre aquí en el fondo de abismos.

El camino que guía á la cascada está formado naturalmente, y sólo los muy prácticos en el terreno dan con él sin mucho trabajo.

Está construído en el lomo de un crestón, que se desprende

del último planío de Rincón-Grande y baja ágricamente hasta las playas de Río Blanco, sombreado por gigantescos álamos y adornado de una variedad inmensa de parásitos.

La vegetación es frondosa y exuberante, como lo es la de los terrenos húmedos y pantanosos, bañados continuamente por las evaporaciones de las corrientes de agua.

A poco andar el caminante, alentado por la umbría solitaria del bosque, menudea sus pasos, y aspirando fatigado el saludable ambiente, recibe luego la cariciá restauradora de una lluvia ténue, vaporosa, que se levanta de las aguas, reflejando los matizados colores del iris.

La pendiente que del llano conduce á la cascada termina en una playa cómoda, adornada descuidadamente de plantas y flores silvestres.

La imaginación puede colocar aquí la mansión de las Náyades.

Al acabar de descender, está uno al frente de la cascada.

Parece la caída de un río de leche que arrastra diamantes (pues así brillan las gotas de agua que se desprenden del cauce), á una altura de cinco ó seis metros, entre el elegante follaje de colosales álamos, sonoros cañaverales y lirios perfumados, que se mecen blandamente, espejeándose en el cristal de las aguas, antes de que éstas se precipiten al abismo.

Más de treinta metros de extensión mide la cascada.

*

No hay aquí más ruido que el que produce la naturaleza, pura y salvaje. Nada ha hecho la mano del hombre: todo se diferencia esencialmente del bullicio mundanal que anda allá por la ciudad.

Me agrada este lugar, mientras más le frecuento.

Pasar un día en sitios á éste semejante, como que restaura el ánimo abatido, desesperanzado, para volver al siguiente con al-

guna decisión á las vulgaridades que, á decir verdad, forman el todo de la *vida social*.

Si descansar es gozar, en Rincón-Grande se goza.

Dígolo por mí.

Me extasio mirando y contemplando las bellezas nativas que guarda este rinconcito en que estoy.

Nada me perturba; la majestad de la naturaleza vela las miserias, las oculta en su regazo. En medio del aislamiento me creo nacer á nueva vida.

Si aquí hay tristeza, es la que se encuentra en la *Soledad*, dulce y apacible, cuyos encantos no ponderó bastantemente el blando Zimmermann en su obra para mí inmortal.

Como decía yo antes: la mano del hombre nada ha hecho aquí, y esto está bueno ó debe estarlo por lo menos.

Si hubiera sucedido lo contrario, acaso estaría pésimo. A menudo, el hombre mata lo que toca.

Yo creo, juzgando por mí, que el hombre, sea el que fuere, tiene el don de errar.—¡Y no lo cree así!

*

Hablemos de la cascada.

Una bóveda de eterna verdura—el invierno más riguroso, en Orizaba, nada perjudica á la vegetación—preserva al que en ella se cobija, así de los rayos solares como de la lluvia.

Hay aquí voces indefinibles y seductoras que hablan solamente á ciertos corazones.

Como el temeroso apóstol en el Tabor, quisiera levantar aquí mi tienda: *bonum est nos hic esse; si vis faciamus hic tria tabernacula, etc.*

Pero no es posible.—Volvamos á la ciudad, pues se acerca el fin del día.....

*

Comienza á caer la tarde, y en el bosque zumban ya los insectos.

A lo lejos se deja oír el mugido de los ganados de las vaquerías vecinas, que repite el eco de las montañas.

Al encontrarse uno en la plataforma de los llanos de Rincón-Grande, después de subir el camino andado para llegar á la cascada, el valle de Orizaba presenta un aspecto muy distinto del que ví en la mañana; pero no por eso es menos encantador.

El sol va ocultándose tras de las serranías del Ingenio, Tenango y el Carrizal, y sus rayos postrimeros iluminan enérgicamente todos los perfiles de la ciudad, que dan al Suroeste: el resto anda envuelto en sombras.

La brillante punta del Orizaba, parece reflejar las llamas de un incendio; en el espacio corren nubes rojizas, precursoras del *Sur*, que

“Blando el cabello, armada la cintura,
Sus ojos como llamas de topacio,
Volando deja ver en el espacio
Los pliegues de su roja vestidura.”¹

*

Estas líneas guardarán para mí un nuevo recuerdo grato, de los muchos que conservo de la *Cascada de Rincón-Grande*.

JOAQUÍN ARRONIZ (HIJO).

(Apuntes de algunas excursiones en el valle de Orizaba).

¹ Pesado.—*Sitios y escenas de Orizaba y Córdoba*. Soneto XXI.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FUNDADA EN 1825 MONTERREY, MEXICO

ESTALAGMITA

EN LA

CAVERNA DE SAN CAYETANO-GUADALCAZAR.

A poca distancia de la ciudad de Guadalcázar y sobre las sinuosidades de la Sierra, se observa el hundimiento de una cima. El viajero que investiga el origen de este cataclismo, se asoma al borde de la gran abertura y divisa, como sobre la linternilla de un cimborrio, una vasta profundidad abovedada.

Los escombros del hundimiento forman una rampa de una inclinación rápida, pero que permite el acceso al fondo de la caverna. Ni la naturaleza ni los hombres de Guadalcázar han franqueado la puerta de aquel augusto palacio, construyendo una entrada fácil: el curioso tiene que descender atado á una cuerda. Nosotros así descendimos desde el borde hasta tocar la rampa.

Lo primero que se presenta á la vista del viajero sorprendido, es la magnífica estalagmita. Es como el ciprés de aquel templo majestuoso, construído en muchos siglos por muchos millones de gotas de agua.

He aquí la maravilla: aquellos obreros incesantes, las gotas de agua, fueron al principio esas burbujas de que se componen las nubes: cayeron sobre la montaña, y las que sobrevivieron á la evaporación se sumergieron en la tierra, penetraron al través de las partículas aglomeradas, y pasando por los intersticios, las que no morían absorbidas y aprovechadas por la vegetación, se-

guían caminando hasta una región calcárea; después encontraban una grieta por donde se deslizaban, tocando una superficie dura é impermeable. La gota, así rodando, llegaba al extremo de un precipicio; á sus pies estaba el abismo negro lleno de aire insalubre; la gota se detenía espantada, vacilante, medrosa, y á la vista del abismo palidecía, tomando las tintas del ópalo; iba perdiendo su diafanidad, pasaba á blanquecina, después era turbia, después blanca, inmóvil, dura, estaba petrificada, era ya parte integrante de una estalactita; la gota de agua se perpetúa así por todos los siglos.

Estos obreros-gotas, perforaban como ejércitos la bóveda misteriosa de la caverna ignorada, sabe Dios cuántos siglos, por los hombres; y cavando, llegando, deslizándose y sobreponiéndose, se petrificaban unas después de otras y edificaban cada cien años una nueva formación, una nueva aguja, un nuevo chorreón de piedra, un girón blanco más, colgado de la bóveda.

Pero las gotas desprendidas, las gotas que se derrumbaban, las que no habían podido congelarse atravesaban el espacio negro y caían sobre el pavimento de aquel templo sombrío, perforando en su caída y señalando mil años después el lugar de la primera gota, con la primera piedra del monumento que descubrimos, de esa estalagmita colosal que fué en su origen una gota de agua.

Nosotros hemos presenciado en la caverna de Cacahuamilpa, en el distrito de Tasco, la formación de las estalactitas, que juzgamos ser más rápida que la de las estalagmitas, porque las gotas de agua vienen saturadas de carbonatos, al grado de palparse en pocos instantes su solidificación.

Las gotas menos saturadas se desprenden por su propio peso antes de adherirse, y caen y se estrellan á una gran distancia, de manera que, mientras las estalactitas se forman por volúmenes superpuestos de la capacidad de una gota, las estalagmitas se forman por capas delgadas ó por los residuos de un lavado continuo, y en consecuencia necesitan multiplicar el tiempo de su formación.

Tal es el monumento grandioso que nos ocupamos de describir, con sus altas agujas, á manera de torres, y con esa forma caprichosa que el trabajo microscópico é incesante, de miles de años, ha formado en las entrañas de la tierra.

Las gotas, en su calidad de arquitectos, tal vez edificaron durante muchos siglos bajo la bóveda, para que nadie viera su obra concluída, porque superponiéndose siempre llegaron á faltar á las leyes del equilibrio, y su monumento se les vino abajo. Tan infalibles son así las leyes de gravedad y de equilibrio.

Tal vez esas formaciones, aglomeradas por tantos millones de obreros, determinaron un día el hundimiento de la bóveda; y la luz, precipitándose ansiosa detrás del derrumbe y en busca de lo desconocido, invadió aquel recinto solitario y descubrió en su fondo el monumento de las tinieblas, aquel tabernáculo de la naturaleza, en donde no se encierra el arca del Testamento, pero que guarda, perdurables como su mole inmensa, estas palabras: *Dios está en todas partes.*

JOSÉ T. DE CUÉLLAR.